



Witika, hija de los leones

A Witika le gustaría ir a la escuela.

Acaba de llegar un maestro. Bajo un techo de arbustos instala una gran pizarra, verde y brillante, donde escribe letras y números.

Witika oye a los niños cantar, reír y batir palmas.

A ella no le gusta caminar cinco horas cada día para traer agua.

Camina sola y tiene miedo de los leones. Nunca ha visto ninguno, pero Moussa, su abuelo, le ha contado historias de los leones cazadores, y también de los cazadores de leones.

Moussa le ha regalado un amuleto, una semilla de ceiba con un signo pintado, para protegerla del Gran León.

—¿El Gran León es un león diferente, abuelo?

—Es el rey de todos los leones.

Por eso Witika camina despacio y mirando a los lados cuando, dos veces al día, va en busca de agua.

—Gran León, Gran León, aléjate de mi corazón —recita la niña entre el polvo del camino.

Antes de asomar el sol, cuando el cielo se pinta de rojo, Witika saca los dos cubos de metal y va en busca de agua. Su madre, Maty, sale de la casa de barro, carga su carrito de chapas brillantes, se ajusta el pañuelo sobre la cabeza y se dirige al mercado.

También Maty camina mucho hasta llegar al mercado de la ciudad cercana.

—¡Suerte, mamá!

—Algún día podrás ir a la escuela, mi pequeña.

Witika querría creerla, pero desde que su papá, Akéla, se mudó a vivir con los antepasados, ella sabe que tendrá que cuidar de los pequeños, Xuja, Seuine y Akéla, para que su madre venda las frutas en el mercado y todos puedan comer.

Allá, en las montañas, habitan los espíritus de los muertos.

Mientras camina en busca del agua, Witika recita su conjuro al Gran León y sueña. Prefiere vivir entre sueños.

Dos veces al día, tiene que recorrer el camino hasta el manantial, porque el agua del poblado no es buena para los niños. Eso dice su madre.

Una mañana, cuando ya se adivinan las palmeras enanas que señalan el manantial, la niña ve algo parecido a un montículo de arena que se mueve como si respirara.

—Gran León, Gran León, aléjate de mi corazón —murmura la pequeña mientras aprieta en su mano derecha el amuleto de semilla de ceiba.

Piensa en alejarse, en darse la vuelta de puntillas y no mirar atrás. Después, recuerda las caras de los pequeños: necesitan agua. Se arma de valor y camina despacito, despacito, hacia aquella montaña de arena que respira.

Pero ¡no es una duna!



Por los relatos del abuelo, supone que es un león, pero le falta la inmensa melena de fuego. Casi de inmediato, recuerda que las leonas carecen de ella.

¡Es una leona!

En su costado brilla una gran mancha de sangre. Está herida. A Witika le dan miedo los leones, pero no le gustan los cazadores, que llegan con rifles y sin hambre.

La leona respira con dificultad y mira a la niña pidiéndole ayuda.

Witika se acuclilla a su lado y la observa. Como la imagina sedienta, le acerca un poco de agua.

La leona bebe con su larga lengua roja y la niña roza su cara.

Después, con unas hojas de palmera, prepara una sombrilla.

—Pediré al abuelo una medicina para tu herida. Volveré pronto.

En el segundo viaje al manantial, Witika esconde en los bolsillos el ungüento de hierbas que tanto trabajo le ha costado lograr del abuelo Moussa.

Con infinito cuidado, porque la leona ruge cuando le toca la herida, y el corazón de la niña se encoge, va aplicándole la medicina. Después, con agua y otras hierbas, prepara una cataplasma.

—Dice el abuelo que esto cura en tres días.

Cuando da de beber a la leona, siente su enorme lengua lamiéndole la cara. Las cosquillas de esa caricia hacen reír a la niña.

—Mañana volveré.

De vuelta a casa, piensa en la forma de alimentar a la leona herida: «¿Comerá fruta? ¿Se alimentará de hierba, como las cabras?».

Aquella misma noche pregunta a su madre:

—¿Qué comen los leones...?

Maty mira a su niña, preocupada.

—Carne; los leones son grandes cazadores.

—¿Y cuando no pueden cazar? —insiste la niña.

—Entonces se mueren.

¡Eso no puede sucederle a su amiga leona!

Witika no logra dormir en toda la noche buscando el modo de alimentarla.

Eso puede traer graves problemas a la niña, pero la leona no debe morir.

Camina al encuentro de su nueva amiga y, por primera vez, no le molesta la larga caminata en busca de agua.



La herida ha mejorado mucho. Tanto, que a Witika le extraña que la leona continúe allí tumbada. Le cambia la cataplasma de la herida con mimo.

—Tranquila, leona —murmura la niña, como su madre al curar sus pies heridos.

La leona gruñe bajito, para recordarle que tenga cuidado.

Witika ya no teme a la leona. Le acaricia

la cara, acomoda las hojas de palmera sobre su cabeza y le acerca agua.

La leona le regala un par de cariñosos lametones con su rasposa y roja lengua.

De vuelta a su casa de adobe, cargada con las dos latas de agua, la niña no deja de dar vueltas al asunto de cómo alimentar a la leona herida.

—¡Claro! —grita de pronto al llegar cerca de la casa del abuelo Moussa, a quien deja siempre un poco de aquella agua buena.

Con la emoción casi la derrama toda.

—Abuelo, ¿es verdad que los leones son buenos?

El abuelo mira a su nieta tratando de averiguar qué esconde tras sus enormes ojos, oscuros como una noche sin luna.

—Si los ves, no debes acercarte a ellos.

—Eso ya lo sé...

—El día que los leones abandonen nuestras tierras, una gran parte de nuestra memoria se irá con ellos. Y eso no es bueno.

—¿Por eso no te gustan los cazadores con rifle?

—Antes, cuando los leones abundaban, era necesario que algunos de nuestros jóvenes salieran a cazarlos... Con lanza, en igualdad de condiciones. Nosotros respetábamos al león, y el león respetaba a nuestros guerreros. —La memoria del abuelo guarda silencio—. Ahora cazan leones pero no para defenderse —continúa el viejo Moussa—. Vienen con armas de fuego y el león no puede luchar.

—¿Para qué los cazan?

—Para ellos, una cabeza de león es como uno de esos adornos que nosotros fabricamos para colgárnoslo del cuello.

—¡Una cabeza de león no se puede colgar del cuello!

—Claro que no, mi niña, pero la cuelgan en sus casas.

Witika imagina la cabeza de su amiga colgada sobre la puerta de su casa de barro y siente un escalofrío.

—Abuelo, voy a casa a preparar la comida de mis hermanos y vuelvo enseguida. Quiero pedirte una cosa.

Ya estaba decidido.

—Abuelo, ¿sigues criando una gallina para mi cumpleaños?

—¡Será la gallina más hermosa del pueblo!

Witika inclina la cabeza. Sus hermanos y su madre esperan el día de su fiesta para saborear la gallina. Teme que su abuelo Moussa se enfade. Respira hondo antes de hablar.

—Abuelo, quiero que me des la gallina hoy mismo.

—¿No puedes esperar? Apenas faltan unos días.

—No. Es urgente.

—Bueno, es tu regalo; puedes hacer con ella lo que desees.

—Es que tengo que compartirla con alguien ahora...

—¿Alguna amiga con problemas?

—Sí.

Witika aprieta la semilla de ceiba colgada en su pecho, deseando que su abuelo no pregunte más. Sobre las dos cabezas pasan unos minutos, tan lentos como camellos perezosos.

—Muy bien. Te la traeré.

En esos momentos, la sonrisa de Witika brilla como una estrella recién nacida.

Cae la tarde cuando la niña camina, por segunda vez ese día, hasta el manantial de las palmeras enanas. Además de los dos cacharros de hojalata, lleva un cesto bien cerrado sobre

la cabeza. Le cuesta mantenerlo en equilibrio porque la gallina, gorda y protestona, no deja de removerse.

La leona olfatea el aire en cuanto la ve.

—Primero te curaré la herida, después iré a por agua. Y luego... —la niña duda un momento—, soltaré a la gallina. Aunque estés herida, sé que eres una gran cazadora.

Si alguien las viera, creería encontrarse ante los personajes de una leyenda sellando un pacto.

Algunas veces, las leyendas habitan en el rostro de una niña, en el cuerpo herido de una leona.

Cuando al siguiente amanecer Witika regresa, lanza un grito antes de llegar al manantial. La leona no está.

Ruedan los dos cubos de hojalata y la niña corre como viento de lluvia.

Bajo las ramas que ella había preparado para cubrir la cabeza de su amiga, dos cachorros entrelazados ronronean.

—¡Por eso no se movía!

La niña comprende: una leona herida y a punto de parir a sus crías buscó cobijo entre las palmeras enanas.

Ahora, piensa la niña, mamá leona debe andar de caza.

Juega un buen rato con los cachorros. Los acomoda mejor en el regazo de hojas donde los ha dejado su madre y les acerca agua en el cuenco de sus propias manos.

Después, llena sus dos cacharros y camina feliz de regreso a su casa de adobe.

Tan sólo lamenta no poder contar a nadie la fabulosa historia de sus nuevos amigos.

«¿Quién creería que una niña ha logrado amansar a una leona?», se dice.

Al día siguiente, Witika cumplirá ocho años.

De forma milagrosa, el abuelo Moussa consigue otra gallina para el cumpleaños de Witika. Así guarda el secreto de su nieta.

Es una fiesta muy especial.

Los días siguientes pasan rápidos y felices. La leona se ha recuperado de la herida y los cachorros juegan con la niña como si fuera una más de la camada.

Witika alarga sus visitas cada día un poco más. El manantial se convierte en el lugar de la felicidad.

—Bueno, ¡hasta la tarde!

Entonces sucede algo inesperado: la leona, viendo que su amiga regresa y, como si supiera cuánto pesan aquellos cubos llenos de agua, levanta uno entre sus fauces y comienza a caminar por el mismo lugar por donde, cada día, ve llegar a su amiga.

Witika no encuentra palabras en su memoria.

La curiosa comitiva llega hasta el poblado anunciada por los gritos de todos los niños, que observan como Witika se acerca acompañada de una leona. Las dos van seguidas por dos serios cachorros de león.

El abuelo Moussa comprende entonces el misterio de la gallina.

A la leona no le gustan los gritos ni sentir que la observa todo el mundo. Deposita con cuidado el cubo de agua a los pies de su amiga, da un par de cabezazos a sus cachorros, y los tres caminan de regreso al manantial.

Ahora, todos hablan de Witika como la hija de los leones. Desde aquella mañana, la imagen de los leones escoltando a la portadora de agua se convierte en una auténtica fiesta. Incluso el maestro interrumpe sus clases para verlo.

Witika se gana el respeto de todo el poblado. También recibe una sorpresa cuando, una noche, aparece en su casa de adobe el joven maestro.

—Me llamo Saffit. —Bajo el brazo, lleva una libreta y una caja de lápices—. Si quieres, cuando yo acabe las clases y tú tus tareas, puedo venir a enseñarte las letras y los números.

—No podremos pagarle —dice Maty un poco avergonzada.

—La hija de los leones no necesita pagar.

Y así, todas las noches, Saffit llega con su libreta, su caja de lápices y sus clases. Maty prepara té y escucha la lección, tan atenta como su hija. También ella quiere aprender.



Cuando Witika mira hacia las montañas, le cuenta a su padre los secretos de las letras y los números. Alguna vez, disfrazado de nube, sobre las colinas, Witika puede ver al Gran León. Entonces sabe que todos están bajo su protección.

Con el tiempo, la leona regresa con su manada, pero de vez en cuando aparece por el manantial de las palmeras enanas. Cuando eso ocurre, lame la cara de su amiga y la acompaña hasta cerca del poblado cargando entre sus fauces uno de los cubos llenos de agua buena para los niños.